

# SÓLO QUERÍA ENCONTRAR LAS HADAS

---

*CARIBE SANTAMARÍA*

Ramas sigilosas, flores delicadas, cuánta hermosura irradiaban aquel día en que fui, aturdido por el fragor de la ciudad, a refugiarme en brazos de la espesura.

Era aquel bosque mi refugio personal, mi territorio, un lugar al que podía huir para experimentar la paz. Era algo así como un secreto entre él y yo, una complicidad basada en la confianza de años de relación. Plantado de acacias, muchísimas, algunas verdes y vivas, algunas pocas ya mustias, y otras especies, se extendía a lo largo de la ladera aledaña al paso del ferrocarril. En su suelo abundaban esas vainas secas, llenas de protuberancias en fila india, que crujen al pisarlas y castañetean al agitarlas cual instrumento de percusión. Sobre sus árboles, sobre las ramas, reposaban pequeñas iguanas de un verde muy vivo, casi como el color del limón, que muchas veces caían a la tierra desde las alturas y desataban el estruendo de las vainas marchitas, para luego correr a sitio seguro.

Distaba quince minutos de mi casa, y cada semana esperaba el día en que pudiese librarme de mi inmundada rutina de trabajo y de mi igualmente inmundo pueblo industrializado para tomar mi vieja y oxidada bicicleta, empacar la mochila y, a costa de la fuerza promedio de mis muslos, contando ansioso cada pedalada, internarme en el bosque. Era aquel mi paraíso, mi único lugar en el planeta para respirar y estar solo conmigo.

Desde mi infancia he cultivado el placer de pasar el tiempo a solas. Y es que el problema para hallar un espacio donde simplemente estar a gusto se remonta a los primeros años de mi vida. Ahora mismo cuento treinta y siete primaveras con todos sus veranos, aunque, a decir verdad, han sido treinta y siete otoños con todos sus inviernos, años salpicados por la amargura de aquel hogar en que crecí sufriendo la mano castigadora de mi padre ante la impávida mirada de mi madre. Apartado de los demás niños del barrio, desde mi ventana, vi correr los días de mi niñez, así como vi la pelota dar tumbos sobre el

pavimento, vi caer la lluvia sin poder bañarme y, al día siguiente, vi amanecer sin saltar los charcos de la calle; vi a mis padres morir y la guerra en el Golfo. Vi años ir y venir sin consolarme, sin emocionarme, como quien ve pasar la vida desde la ventanilla de un auto. Así llegué a ser quien soy: un hombre solo ante el mundo, andando a contracorriente, tratando de cambiar a la distancia cada pequeña cosa, cada persona, cada estructura humana, y redimirlas de lo que a todas luces era un caldo de egoísmo, ingratitud y maldad distribuidos sobre la faz del planeta.

Para dejar atrás esa realidad tan frustrante e imperfecta, yo huía hacia los árboles de aquel bosque y me perdía entre ellos, así intentaba mitigar el acoso de mis congéneres humanos quienes, si bien no me perseguían, me atormentaban y nublaban la conciencia con el recuerdo de su ser y proceder.

Ese preciso día sentí una necesidad inverosímil de correr lejos de todo y fui allí. Era de tarde cuando llegué, el sol ya se escondía entre las nubes y el horizonte. Recosté la bicicleta sobre una pequeña loma de arena y tomé la mochila. Avancé caminando un par de metros más y escogí mi destino final: la sombra crepuscular del árbol más alto y robusto visible desde mi posición, rodeado desde la base de su tronco por una alfombra de verdor inigualable. Allí desplegué mi bolsa de dormir. Yo me senté a un lado y desempaqué el resto de mis pertenencias: una lámpara, dos botellas de agua, una lata de atún, un yogur, un juego de cubiertos y mi libro de cabecera, de Dante. Dispuse estos artículos sobre la tela de la mochila vacía, muy cerca de mi improvisada cama; ya desocupado, respiré con profundidad y di un vistazo a mi alrededor. ¡Cuánta serenidad había! Nuevamente bien acompañado, nuevamente solo. Cuán completo me sentía estando lejos de la tortura de las relaciones entre humanos y de aquéllos que, por ser mayoría, también son llamados seres pensantes.

De estampía arribó la noche profunda acompañada por el silencio y la dulce soledad de la fronda que me hacían sentir único y grande. Entré en mi bolsa de dormir y, tumbado, miré las alturas del cielo y vi la luna, omnipotente y serena, inmortal, grandiosa, incrustada en el centro de una atmósfera negra venerada por pequeños cuerpos de plata.

El ambiente a mi alrededor era enigmático: yo solo en el medio de la nada. Una callada luz se consumía en el interior de la lámpara y en su combustión parecía cantar un treno con que transformaba los rincones de la oscuridad a una iluminación tenue y temblorosa. Por un momento sentí miedo y creí extrañar lo que había dejado: el bullicio, la trivialidad, los abundantes errores de la especie hombre-marioneta, la inoperancia...; pero no fue más que una pasajera confusión.

Me convencí de que nada ocurría. Extendí mi brazo y tomé con la punta de los dedos el libro que reposaba a un lado de mi aposento, dispuesto a consumir en la lectura las últimas horas de aquella jornada.

Abrí las gastadas páginas de un libro que había leído una y otra vez, y fue entonces cuando el Infierno de Dante absorbió mis sentidos con una voracidad de bestia hambrienta. La descripción de esas almas en pena vagando por los círculos oscuros, con los párpados cosidos, se había vuelto un dogma para mí. En mi mente empecé a reconocer a las personas más comunes de mi vida diaria con sus miserias, ubicadas en algún rincón de ese infierno, como si hubieran saltado de las letras dantescas a mis pensamientos. De pronto, un extraño ruido apareció y destrozó mis aspiraciones de lectura: un lejano traqueteo, punzante, creciente, perturbador, me puso de nuevo en desasosiego. Nunca antes, en tantos años de pernoctar en ese lugar, había escuchado tal ruido. Ya casi podía identificar la causa de cada manifestación sonora que emanaba de la espesura y discernir el cantar de las aves, de las ramas, del viento y las vainas secas sobre el gramal.

Desde mi bolsa de dormir miraba en todas direcciones buscando con temor el origen del ruido; pensaba que la luz opaca del candil podría abandonarme de un instante a otro, ignoraba a mi conciencia que gritaba que en aquel bosque poseedor de árboles, pájaros, viento y silencio era imposible que un corriente traqueteo no se produjese. Desde otro lado de mi ser, hablaba otra voz, para la cual el ruido que me había robado la calma era mucho más que la naturaleza.

Como el fenómeno perturbador no volvió a repetirse, lentamente se fueron cerrando mis ojos, fue reposando mi corazón, se fue apagando el clamor que me había mantenido en vilo, y así caí en el mundo de los sueños...

Mi entorno estaba apenas iluminado; la arboleda, dominada por las sombras; mi cuerpo, completamente aletargado. Me sentía ingrávido y sereno, cual ave blanca que vuela en la alborada; libre de necesidades y emancipado del yugo de la torpeza.

Salí del saco en que dormía y con decisión emprendí un camino que nunca he pisado y cuya atmósfera cambiaba de color a medida que avanzaba. Hacía un frío intenso, sin embargo, éste era tan superficial que no llegaba a alterar la velocidad con que me movía, ni siquiera lograba molestarme. Mis pies apenas tocaban el suelo, o mejor, era como si flotaran sobre los arbustos bañados de un negro nocturno. Yo corría con toda mi fuerza pero sin sentir agotamiento, con la determinación incorruptible de avanzar en ese camino pero sin saber conscientemente adonde conducía. Ningún ruido me asustaba, ningún vigilante ser me intimidaba, ningún verdor era capaz de interrumpirme en mi injustificable afán. A pesar de la rapidez con que andaba, notaba la tierra iluminada por completo por el brillo de la luna, y el pigmento de todos los paisajes.

De improvviso, la atmósfera tornóse negra, muy negra y me detuve. Observé hacia adelante y pude ver que aquel matiz se extendía hasta el infinito, entonces sentí miedo y el

frío se introdujo en mí como si me acuchillase. Viéndome acorralado y perdido, comencé la retirada.

Como la más veloz saeta volví a la espesura y al interior de la bolsa. En ese momento, un fortísimo estremecimiento me despertó. De manera simultánea, brotó de entre mis vísceras trémulas un grito desesperado que precipitóse a mi boca; al sentir su fuego incontenible le di soma e hizo erizarse a las acacias y a la noche.

Analiqué mi estado: el sudor corría por mi piel cual río caudaloso e indómito, mis labios aún conmovidos trepidaban; mis funciones parecían paralizadas, y mi pulso daba muestras del terror que me aturdí. Después de pasar largo rato sin poder pensar en nada, cerré los ojos y traté de sosegarme. Reviví mentalmente las aventuras dantescas que yo creía mías, e imaginé la caminata sobre las empinadas colinas de los mundos del mas allá, plasmados con detalle en La Divina Comedia. Me repetía a mí mismo que no había sido más que un sueño, y que tan poca cosa no sería suficiente para arruinar mi estadía en el único lugar que era mío en la vastedad de la Tierra. ¿Acaso un simple sueño en el que yo volaba a través de una senda de colores que de pronto se hizo oscura era capaz de robarme la paz?

Traté de enumerar en mis pensamientos las adversidades del mundo, todo aquello que me hacía sentir tan profundamente infeliz, y que justificaba mi permanencia en medio del bosque: hallé el rencor hacia la familia que me engendró, la envidia que reina en la calle, los vicios, la impureza de las almas, las enfermedades, la intrínseca maldad de quien te sonríe, la putrefacción de las mentes, el destino fatal de la raza; hallé tantas cosas... Embebido en mi cosmos interno, al fin allegóse la quietud; mis pesados párpados se unieron nuevamente y sucumbí al sueño...

Vinieron a mis oídos bellas melodías entrecortadas que se unían y se repetían como en un ciclo infinito, daban vueltas y aumentaban su dulzor, se apoderaban de mí, llenaban los vacíos con suaves sonidos de modo que no podía apartarme de ellas. Las miraba complacido y para mí, en ese instante, no había otra cosa en el vasto mundo. Con la frescura y la gracilidad de las mariposas, las melodías se humanizaron. Comenzaron por hacerse diminutas luces que flotaban en el aire y se reían cual párvulas tiernas; al cabo de minutos de admiración y de magia, eran cinco oréades aún más esplendentes que los luceros. Sin mostrar asombro por su transfiguración, me rodearon y una de ellas expresó, suavemente: “*Vae Soli!* No temas, deléitate, pues brillas de manera sorprendente y desde lo alto ha bajado la orden de que brilles mucho más; para lograrlo, sólo debes encontrar a las divinas hadas.” Habiendo terminado su discurso, me señaló la senda que debía seguir, y yo, todavía extasiado con la exquisitez de aquellas trazas, la obedecí.

Los colores cambiaron a mi alrededor como en un entretenido juego de adolescentes: era el camino de antes, el mismo, colmado de árboles y de un verdor ahogado por la noche, era el camino que no había completado por la calígene que de repente me espantó. A pesar de que creí volver a hallar la oscuridad, el recuerdo de las hermosas féminas me animó para seguir. Avanzaba quedo, veloz, esperando un indicio de benevolencia, o tal vez el final de la vereda, o un silbido, o un vislumbre, algo que me hiciera saber que realmente encontraría a las sublimes hadas.

Mi necesidad fue satisfecha: en el ambiente, desde la tierra hasta un punto perdido en el empíreo, resonó la más bella melodía de las que me habían sacado de la imperfecta materia, y frente a mí apareció un hombre vestido de negro, con sombrero de igual color, que me detuvo y expresó:

- *Vae Soli!* No temas, deleítate, pues brillas de manera indescriptible, y sólo anhelo verte cuando vengas de obtener una mejor presencia.

- ¿Quién es usted? – pregunté-. ¿Y qué pasó con el ambiente oscuro que antes me obligó a regresar?

- Quién soy no puedo decírtelo. Y el ambiente oscuro ya no está, lo has sobrepasado.

Apenas hubo manifestado su última idea, enfoqué su barba naciente y dispareja, temí y quise apartarme de él, pero un destello inesperado en sus ojos zarcos me embelesó. Entonces atendí a su precepto:

- Sigue la senda hasta que encuentres las hadas y al verlas –resplandecientes, celestiales y benditas- tu alma alcance el fulgor del Hombre Inmenso. Ten presente que es éste el gran regalo que te brinda tu destino.

Acaté su orden y reanudé el camino. Ahora me desplazaba con ánimos renovados, esperanzado, urgido por el ansia viva de descubrir las maravillas que me aguardaban en la presencia de las hadas. No atinaba a imaginarlas; serían tal vez como la angelical Beatriz de ojos serenos que deleitó a Dante en sus andanzas por el Paraíso, o serían quizás diosas cantoras secundadas por laúdes. No lograba estructurar ninguna imagen clara de ellas, mucho menos del regalo con que esperaban mi llegada, ni la razón que las motivaba a premiarme tan generosamente; de cualquier modo, estaba dispuesto a recibir tal honor, y para ello, enfoqué toda mi atención en seguir la senda luminosa que se abría ante mí.

Luego de algunos minutos de andar y andar, noté que la vía se dividía en tres caminos, cada uno guarnecido por un enorme portón de metal. Me detuve en ese punto y observé a través de las verjas entreabiertas de cada portón los colores y texturas de esos lugares desconocidos. Los dos primeros caminos eran sombríos, solitarios, atestados de

pastos secos, y desde lejos despedían un penetrante hedor amoniacal. Detrás del tercer portón, en cambio, el ambiente semejaba ser el reino del día por su entorno claro y juvenil, con suelos sembrados de arbustos florecidos, oloroso a hierba recién cortada y una brisita suave de mañana de domingo. Experimenté por primera vez la alegría al visualizarme en el disfrute de este entorno, cándido y ligero, casi volátil, esfumándome de mi presencia para alcanzar las hadas. Así que no concedí oportunidad a las dudas y tomé esta última opción.

Empujé con suavidad el tercer portón, y éste se abrió de par en par sin ofrecer resistencia, así como también se abrió ante mis ojos este sendero de belleza incomparable. Me adentré en él y, sin más, reanudé mi viaje.

En torno a mí, las aves trinaban con sus agudas voces aquella melodía de fascinación y el viento las acompañaba. ¡Qué bella espontaneidad! ¡Y toda para mí! Sentía que era ésa la retribución que había ganado por lidiar tanto tiempo con mis congéneres, con anómalos que presuntamente pueden discernir y razonar. Mientras pensaba en ello, de un árbol lejano se desprendió una hoja, y la brisa la llevó hasta mi rostro. Era una hoja de acanto, divisé sus formas largas y rizadas, terminadas en aguzadas espinas; pude verla planear en el aire trazando giros y bucles mientras se acercaba a mí. Se pegó a mi cara con avidez insaciable. Obstruyó mi vista como si tuviese vida de sangre y huesos, y cuando pude apartarla, un mefistofélico vendaval me arrastró con él. Huyó la claridad y el fresco verdor y la melodía; las innumerables aves se desplomaron contra la tierra y, con una velocidad pasmosa, se convirtieron en monstruos espeluznantes. Fue entonces cuando los vientos me dejaron libre, tirado en el suelo, y los espectros me rodearon. Eran cientos, miles. Todos babeaban, todos mostraban caras deformes y agrietadas, su putrefacta piel lucía empapada de un líquido viscoso, sus harapos despedían una pestilencia infernal; sollozaban y lentamente se me acercaban con sus brazos extendidos.

Mis nervios alcanzaron un estado inaguantable, mi cuerpo entero se movía con cada latido de mi corazón. En mi pensamiento sólo había terror; nada se me ocurría, estaba solo, trepidando, ante incalculables devoradores. Sin que me lo esperase, de algún lugar surgió una voz que me dijo: “Ahora son mil como tú”.

La mezquindad, la codicia, la injuria, la soberbia, y muchas otras maldiciones estaban repartidas entre los espantajos más crueles y fieros. Era ése el punto final, ahí terminaba mi camino. Nada más. No había hadas, sólo estaba el regalo, inestimable, pero presentado ante mí de la manera en que menos lo esperaba. Después de comprenderlo todo, mi alma acongojada se rindió en la tierra cual presa inofensiva y débil.

Luego, se sucedieron imágenes de las que mi mente solamente recuerda el desorden y que al final de ellas un súbito golpe me despertó. Estaba tomado por el sudor y por la mayor desesperación que una bestia haya sentido. Desde el fondo de mi alma, había un deseo inexorable de internarme aún más en la espesura del bosque y perder la vida pero, por mi propio deterioro, impotentemente lloré.